

HUMANIZAR LA ECONOMÍA.-

Extracto de conferencia de Stefano Zamagni* en Seminario Internacional sobre Cooperativas, redactado por Sergio Fernández A. – Sept. 2010.-

1.- El pensamiento único es insostenible.-

El pensamiento único del “one best way”, hoy de moda, nos propone con martillante insistencia una sociedad de mercado. El mercado es una realidad que se apoya en un conjunto de presupuestos. Según J.S. Mills los dos elementos determinantes del mercado serían la cultura y la competencia. Pero con el pasar del tiempo, la esfera de las relaciones económicas está siendo regulada, casi integralmente, solo por las fuerzas de la competencia; la modernidad, interpretada como etapa del proceso de evolución cultural, tiende inexorablemente a sustituir las relaciones interpersonales por las leyes anónimas e impersonales del mercado.

Sin embargo, dicha sustitución no podrá ser nunca completa. La cultura nunca podrá ser completamente reemplazada por la competencia; existirán siempre ámbitos de actividad económica en los cuales no encontrará aplicación el principio del intercambio de equivalencias, que regula las transacciones de mercado. Siempre estarán presentes las convenciones y normas sociales. Es lo que constituye el sector llamado *non profit*.

En EE.UU. existe una sutil obra de deslegitimación de las organizaciones *non profit*. Se pretende probar que la gestión de este tipo de organizaciones como hospitales o entidades de asistencia no son socialmente eficientes.

Se trata de una manera dicotómica de representación de la realidad de las sociedades de mercado. Se pretende la separación entre la economía, como ciencia que se preocupa sólo de la esfera de los hechos económicos y que se sirve del *homo economicus* como modo de explicación, y la sociología, como ciencia que se ocuparía de los hechos sociales y que se sirve del *homo sociologicus* como paradigma explicativo.

La consecuencia más importante es la afirmación de un pensamiento que identifica el mercado con el lugar ideal-típico en que los individuos son motivados sólo por el interés propio. Según Gary Backer, cofundador de la escuela de Chicago, el altruismo no sería más que un egoísmo enmascarado o un egoísmo iluminado. De esta manera se ha ido reforzando el convencimiento que el único juicio de valor que el mercado es capaz de soportar es la eficiencia.

Cuando se alude a los valores de la libertad, la honestidad y la confianza, quienes postulan tales ideas reconocen que son valores necesarios para el buen funcionamiento del mercado; pero según ellos, no sería tarea del mercado proveer esas condiciones; sería más bien tarea de la sociedad y/o del Estado. Sin embargo, no reflexionan en que los resultados del proceso de mercado muy probablemente irán desgastando esa base de valores sobre la cual se apoya, y sin la cual no existiría ningún tipo de economía de mercado.

Tampoco se piensa sobre los intereses o el destino de aquellos que, por una u otra razón, no consiguen formar parte del juego de mercado, y que son expulsados como perdedores o por que han quedado demasiado distantes de los vencedores.

Muchos recurren aquí al Estado como la única entidad con la legitimación necesaria para intervenir directamente en la esfera económica, cuando es indispensable anular o compensar las consecuencias socialmente nefastas asociadas al funcionamiento del mercado. Se pretende imponer la idea que el mercado es un mecanismo éticamente neutral, cuyos resultados deben ser corregidos por el Estado. Hay aquí también una representación dicotómica de la realidad.

No es cierto que la máxima extensión del área del mercado aumente el bienestar de todos, según la metáfora que "una marea que sube levanta a todos los barcos". La elaboración liberal-individualista insiste en que el bienestar de los ciudadanos es función de la prosperidad económica, y siendo así está atada a la extensión de las relaciones de mercado. La función política no sería otra que determinar las condiciones fiscales, administrativas, del derecho de los negocios, etc., que favorezcan el pleno florecimiento de los mercados.

Pero esto no es así porque la igualdad de oportunidades para todos es una condición que debe valer durante toda la vida de los sujetos, y no solo en el momento y medida en que entran en el juego económico. En la competencia deportiva el mejor gana el primer premio, pero eso no le otorga el derecho a partir con una posición de ventaja en la próxima competencia. En la vida económica es al revés, el que gana la primera fase del juego está en condiciones de modificar en su propio favor las reglas del mismo. Hay que pensar como se han formado los monopolios y oligopolios, con el correr del tiempo. Se ha llegado así a la llamada competencia *posicional* en la que el que gana se queda con todo, y el que pierde, pierde todo.

Los resultados están a la vista, nunca como antes, en los últimos veinte años, se había registrado una tal explosión de desigualdades sociales, a pesar de que la riqueza a nivel mundial ha ido aumentando. Este sería el gran problema del actual modelo de desarrollo, como si el aumento de la riqueza y el progreso social no pudieran marchar juntos.

2.- Una vía para humanizar el mercado.-

Es importante recalcar que no es cierto que el mercado sea compatible solamente con la motivación egocéntrica de sus actores. La verdad es que existe una pluralidad de modelos de mercado, cada uno compatible con una particular cultura, entendida como un sistema de valores compartidos.

En estas condiciones ¿es razonable pensar en un modelo de mercado a escala humana? Reflexionar sobre esto es pensar en la libertad, entendida no solo como autodeterminación - el *free to choose* de M. Friedman - sino sobre la auto realización de la persona. Se trata de pensar en la sociedad decente, de la que nos habla A. Margalit.¹ Decente es la sociedad que no humilla a los que dependen de ella. Se sabe actualmente que la forma más devastadora de humillación es pasar por la irrelevancia económica. Sentirse inútil es más humillante que sentirse explotado. La humillación genera resignación y una consecuente perpetuación del *status quo*. Por eso la

¹ A. Margalit, *La Sociedad Decente*, Milano, Baldini y Castoldi, 1998.-

sociedad libre es aquella que reconoce a cada persona la posibilidad de actuar y no solo de hacer. (*Agere* es muy diferente de *facere* como lo ha esclarecido K. Wojtyla en su obra "*Persona e Atto*").

La respuesta afirmativa a la pregunta anterior exige una condición precisa: que la persona pueda establecerse en el mercado (y no fuera del mismo), en un espacio económico formado por sujetos cuya razón de ser se encuentra en la referencia a un sistema de valores, entre los cuales se ubica la reciprocidad. Habitualmente se confunde el principio de reciprocidad con el intercambio de equivalencias. El aspecto esencial de la reciprocidad es que las transferencias que las mismas generan son indisolubles de las relaciones humanas. Las transacciones no son separables de las personas que las efectúan, de manera que el intercambio deja de ser anónimo o impersonal. En un equilibrio de reciprocidad sería posible dar sin perder y tomar sin quitar.

El punto central sería este: el ser humano no es, en sí mismo, fundamentalmente individualista, ni tampoco exclusivamente socializador, pero naturalmente tiende a desarrollar aquellas propensiones que sean mayormente incentivadas en el contexto social en que se encuentra. En su extraordinaria complejidad de comportamiento, el ser humano es guiado por muy diversas motivaciones; la eficiencia y la justicia de una sociedad de mercado compleja dependerán de su capacidad de dar énfasis a sus *mejores* motivaciones.

El principio de reciprocidad se da no solo en las familias y pequeños grupos informales y en las asociaciones voluntarias, sino también en todas aquellas formas de empresa que van desde la cooperativa, donde asume la particular forma de mutualidad, en las organizaciones non profit y en las empresas llamadas de la economía de comunión.

Una economía avanzada necesita que se integren ambos principios, el de intercambio de equivalencias y el de reciprocidad. En una sociedad pluralista, y por tanto democrática, el pluralismo es necesario no sólo en lo político, sino también en lo económico. Pluralista y por tanto democrática es la economía que integra la mayor cantidad de principios de organización económica, a saber el intercambio de equivalencias, la reciprocidad, la redistribución.

3.- Un nuevo Estado de Bienestar.-

Que el modelo de *welfare* se encuentra hoy en crisis es cosa ampliamente conocida. De esa crisis conocemos las causas fundamentales y sus complejas consecuencias. El actual Estado social es no solo poco eficiente, sino que directamente generador de desigualdades. ¿Es posible proyectar un *welfare* universalista, sin caer en la trampa del asistencialismo que hemos conocido y se encuentra en cierta medida en el origen de la misma crisis? Dicho de otra manera, ¿es posible conjugar solidaridad y subsidiariedad?

Se ha dicho que una democracia estable puede sobrevivir solo si sus programas de *welfare* se inspiran en principios universalistas. W.H.Beveridge en su célebre texto de 1942 había afirmado que la adopción de "esquemas universales" debía servir "a la solidaridad y unión de la nación". Debe existir un *welfare* habilitador, que considere que existe un nivel de necesidades comunes a todos, como parte de la condición humana, que deben ser satisfechos antes que los sujetos entren en el mercado. Si el mercado fuera una institución democrática no habría problemas, pero como ya lo intuía J.S. Mills, el mercado es un espacio donde los votos se pesan y no se cuentan.

El elemento constitutivo de la intervención del Estado es el diseño de un modelo universalista que contemple la definición del conjunto de los servicios sociales que se pretenden asegurar a los ciudadanos, la fijación de las reglas de acceso a las prestaciones, y el ejercicio de formas de control sobre las erogaciones efectiva que se realicen. No debe constituir rol del Estado la tarea de producción directa, en este caso de la gestión directa de los servicios sociales. Hay que tener presente que existe un fuerte *trade-off* entre gestión y regulación; mientras más el Estado gestiona, menos logra regular, menos logra asegurar los objetivos de equidad y eficiencia de un sistema de seguridad social.

No se debe confundir el principio de subsidiariedad con aquel de la subrogación: ¡que hagan los cuerpos intermedios de la sociedad lo que el Estado no logra o no tiene interés en hacer! Se trata de pasar del Estado programador, que tenía la pretensión de definir el destino de todos los ciudadanos, al Estado incentivador que provee las condiciones para que los ciudadanos puedan construir su propio futuro, afirmando una cultura del proyecto y de la responsabilidad.

El crecimiento hipertrófico del Estado y/o del Mercado privado es una parte de la explicación de los problemas que aquejan a nuestras sociedades. El remedio no está en radicalizar la alternativa economía pública versus economía privada, o sea neo-estatismo versus neo-liberalismo. Se trata de buscar un vigoroso florecimiento de formas de organización que configuren una economía verdaderamente humana.

- ? Economista italiano, Decano Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Bolonia, profesor en la Universidad John Hopkins (EE.UU), miembro del Consejo Pontificio Justicia y Paz, y del Consejo Científico del Instituto Internacional Jacques Maritain. Fue asesor del primer ministro italiano Romano Prodi, y consultor de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. Visitó Santiago en Agosto reciente, dio una conferencia en ICARE patrocinada por USEC, otra en la Universidad Católica, y se reunió con el Instituto J. Maritain de Chile.-